

La sátira política durante el reinado de Carlos II

Carlos GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ
Departamento de Historia Moderna
Universidad Complutense. Madrid

1. LAS FUENTES

A finales del siglo XVIII escribía Juan Antonio Armona lo siguiente sobre el reinado de Carlos II:

«En la Historia moderna de España, no hay un espacio, un tiempo más obscuro, ni más enredado que este; ningún Político, ningún Historiador sensato, ha querido escribir los sucesos de él, ni aclarar sus cosas; pero hay una nube de Papeles anónimos: de Escritores partidarios, ó satíricos, que no perdonan a nadie en sus censuras, ni dejan piedra sobre piedra que no muevan. Las facciones de aquel tiempo, se hacían la Guerra de Pluma, hasta el punto de no perdonar en las personas los defectos físicos, ni los vicios morales. La poesía que estaba en su *Gran moda*, salía á cada paso, á el desempeño de estas gallardas empresas. Sin embargo, si se examina con cuidado estos escritos, se hallara entre ellos muchos inútiles ó despreciables, hay otros singulares, y útiles: Que sus Autores eran hombres de Juicio, elocuentes, llenos de los negocios del día, y de los misterios que con arte se ocultan siempre en las Cortes. Se hallará pues una utilidad efectiva, que el hombre juicioso, y reflexivo, puede y deve sacar de ellos para la Historia, conviniendo los unos con los otros: Entresacando los hechos, concordemente sentados por las facciones enemigas; ó confesados (digámoslo assi) por las potencias domesticas veligerantes, quando una los cita y otra los consiente sin repugnancia»¹.

Con estas palabras intentaba Armona llamar la atención sobre el interés que podía tener para los historiadores el estudio de un material aparentemente deleznable o sospechoso debido a su apasionamiento y tendenciosidad: el de la publicística. Ha habido que esperar, sin em-

¹ B. N., Mss. 18.206, f. 90v-91r.

bargo, a tiempos más recientes para que se realizaran los primeros estudios históricos sobre este género tan abundante en los siglos modernos de la historia española². Los trabajos escasean aún más si nos ceñimos exclusivamente a la sátira política, exceptuando los del profesor Teófanés Egido³, quien ha demostrado como ésta compone un material histórico inapreciable, si recibe un tratamiento metodológico coherente y objetivo.

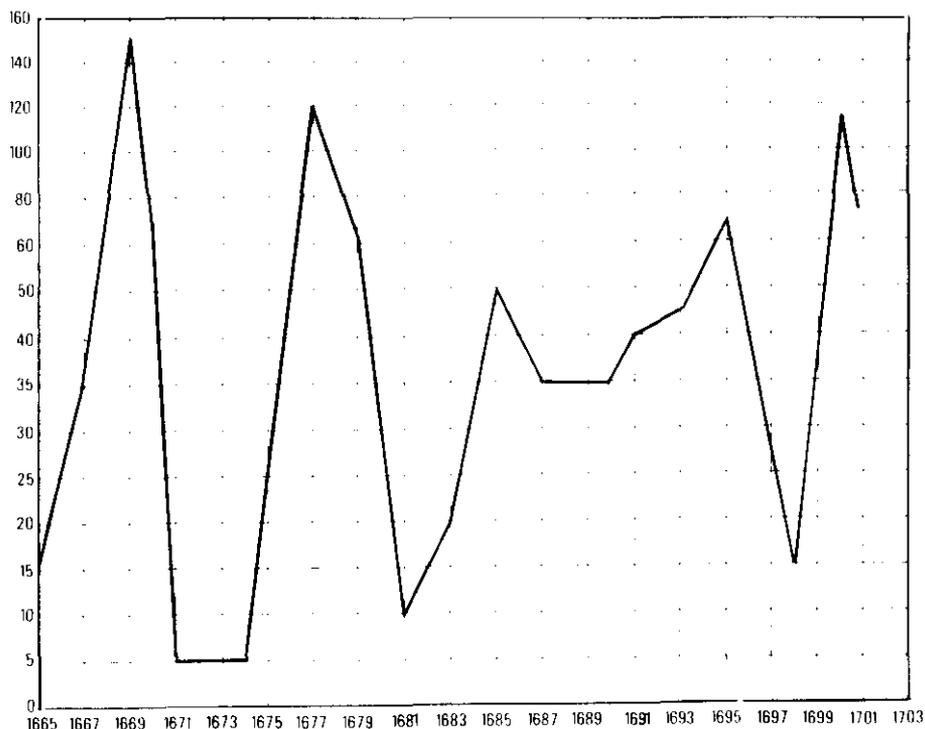


FIG. 1. Las oscilaciones de la opinión durante el reinado de Carlos II

Durante el reinado de Carlos II la profusión de la sátira es sorprendente. Tan sólo en la Biblioteca Nacional de Madrid es posible rastrear hasta un total de 91 manuscritos que contienen valiosas piezas de este

² José M. JOVER ZAMORA: *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, 1949; María T. PÉREZ PICAZO: *La publicística española en la Guerra de Sucesión*, Madrid, 1966 (2 vols.).

³ Teófanés EGIDO: *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*, Valladolid, 1971; *íd.*: *Sátiras políticas de la España Moderna*, Madrid, 1973.

género⁴. Destaca entre ellos la colección que llevó a cabo el propio Armona hacia 1783-85, de la que se conservan 10 volúmenes⁵.

2. LA REGENCIA DE DOÑA MARIANA

«A donde cartas se escriben
en que se ve la maldad
que el padre Everardo quiere
o quiere el señor don Juan.»

El 2 de febrero de 1666 el marqués de Aitona dirigía un memorial a doña Mariana de Austria, reina gobernadora, en el que aseguraba que: «El mayor riesgo en que estamos es la falta de justicia y la desautoridad de ella, atreviéndose el pueblo a hablar tan licenciosamente, como manifiesta tanta multiplicidad de pasquines contra el gobierno, que aunque nunca de éstos no se han librado en otros tiempos, aún los más acreditados, pero tantos ni con tanta libertad nunca se han visto»⁶.

Y es que desde las violentas campañas que se promovieron en los últimos meses de gobierno del Conde-Duque⁷, el pasquín y el libelo se habían convertido en los instrumentos más idóneos para despertar la murmuración y el descontento populares. La posibilidad de encauzar los vaivenes de la opinión pública a través de ellos supuso para los diferentes grupos de presión cercanos a la corte la oportunidad de someter a continuo chantaje las decisiones de las altas instancias del poder. De la frecuencia con que se utilizó este recurso nos dan idea no ya sólo el material original encontrado, sino los mismos testimonios de los contemporáneos o las frecuentes medidas dictadas para impedir la proliferación de «papelones», sátiras y hojas volanderas que corrían clandestinamente⁸.

Quien convirtió auténticamente la publicística en «técnica de golpe de Estado» fue don Juan José de Austria, impulsor de la primera *Gazeta* y sin duda alguna el personaje más activo e interesante de la pintoresca corte de Carlos II. Sus disputas con el padre Nithard, confesor de la reina, tuvieron una de sus principales manifestaciones en las virulen-

⁴ Para consultar un inventario más completo, C. GÓMEZ-CENTURIÓN: *Sátira política y protesta popular durante el reinado de Carlos II*, Memoria de Licenciatura, Universidad Complutense, 1981.

⁵ Está constituida por los Mss. 17.534-35, 18.206 al 18.212 y 18.216, algunas noticias sobre ella da B. J. GALLARDO: *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, vol. II, núms. 1.395-96, col. 595-606.

⁶ Gabriel MAURA Y GAMAZO: *Carlos II y su Corte*, I, p. 213.

⁷ Ver G. MARAÑÓN: *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid, 1969 (13.ª edición), pp. 184-5.

⁸ AHN, *Sala de Alcaldes de Casa y Corte*, 1679, f. 289-299; 1680, f. 276; 1684, f. 15, y *Nov. Recop.*, Ley X, Título XVI, Libro VIII; *Nov. Recop.*, Ley XX, Título VII, Libro I. También AHN, *Inquisición*, Leg. 4432, Exp. 20, y Leg. 4444, Exp. 4.

tas campañas difamatorias que ambos intercambiaron entre 1666-69. Durante estos años la corte fue inundada de panfletos y escritos satíricos para regocijo de los partidarios de uno y otro bando.

Para conocer la gran cantidad de papeles que salieron por entonces contamos con dos recopilaciones excepcionales hechas por cada uno de los bandos que se vieron implicados en los sucesos de aquellos años. Los papeles que se publicaron a favor de Nithard están casi todos incluidos en «Razón de la sinrazón»⁹, colección llevada a cabo por el propio confesor o alguno de sus partidarios. Las cartas de don Juan y otros muchos escritos que él mismo hizo aparecer se compilaron en una «Gazeta», publicada a principios de 1670 o finales del año anterior.

Los ataques que intercambiaban el Infante y el jesuita alemán venían a ser de este tenor:

«Atiéndame su Insolencia,
dígame padre Everardo,
¿si quemá la Inquisición
como a él no le ha quemado? (...)

Sin duda que de Alemania
trajo peste a nuestro barrio,
pues desde que en él está
estamos acá purgando. (...)

Todo lo hace religión
y todo lo ha reformado
pues ya ha llegado a ser celda
lo que antes era palacio.

Téngalo hasta que le veamos
de nuestra reina privado»¹¹.

«Mira señorito, desde que me contó tu madre su preñado a escote y la danza de galanes que traía alrededor, jugando a saca ruin y mete bueno, luego le dije con mi poca nigromancia a la buena de la Calderona que había de parir un saltar de cascabeles, y me pesa haberle acertado tanto»¹².

La certeza de los ataques, dirigidos allí donde podían doler más, nos demuestran la habilidad de escritores y poetas anónimos que tomaban parte en estas lides literarias tan poco honrosas. Maura comenta, refiriéndose al año 1668, que: «no debió quedar en la corte escritor profesional ni espontáneo cruzado de brazos, ni pluma ociosa, ni imprenta sin trabajo, ni ciego pobre sin papeles que vender, ni transeúnte adinerado sin sabrosa lectura que adquirir, día tras día, durante aquellos meses»¹³. Noticias como ésta se hacían frecuentes en la *Gazeta*:

⁹ British Museum, Eg. 355, f. 168 y ss.

¹⁰ B. N., *Mss. 18.208*, f. 37r-167r (impreso).

¹¹ B. N., *Mss. 18.443*, f. 72r-v.

¹² «Carta del Maestro Nicolás, cirujano de Antón Martín, para don Juan», B. N., *Mss. 18.216*, f. 66r-72v.

¹³ Gabriel MAURA Y GAMAZO: *Vida y reinado de Carlos II*, I, p. 131.

«Las novedades que al presente hay en la corte son las siguientes: se vio un pasquín en las puertas de Palacio, que por demasiado desvergonzado no se refiere. Andan muchos papeles que más valiera que no; que unos y otros inquietan al pueblo»¹⁴.

La densidad en la producción de escritos difamatorios iba seguida de un fuerte consumo por parte de los ávidos lectores a juzgar por las numerosas copias que dan testimonio del éxito de las diferentes piezas. En el mes de diciembre de 1668 apareció un curioso papel, titulado «El Escaparate de Don Baviles», en el que se comentaban la mayor parte de los libelos puestos en circulación hasta entonces y su difusión.

¿Quién dirigía por ambas partes esta lucha basada en un «periodismo» elemental y de combate? Detrás de Nithard no cabe duda que se escondía la Compañía de Jesús. En cuanto al bando juanista, las sospechas recaen sobre el inseparable y eficiente secretario del Infante, Fabro Bremundán, aunque, como ha insinuado Kamen¹⁵, no tenemos pruebas de ello.

Por fin, el 25 de enero de 1669 Nithard tuvo que abandonar la corte ante el cariz violento que tomaban los acontecimientos. Don Juan José había partido hacia Madrid, con una nutrida escolta, dispuesto a librar la batalla decisiva y a hacer cumplir —para espanto de la reina y de la Junta de gobierno— las amenazas que una y otra vez reproducían los pasquines:

«Para la reina hay descalzas
y para el rey hay tutor,
si no se muda el gobierno
desterrando al confesor»¹⁶.

Nithard se convirtió así en «el primer valido depuesto contra la voluntad real, por la fuerza de don Juan José de Austria y por la fuerza de la opinión»¹⁷. Y no sería, desde luego, el último caso de aquel reinado.

* * *

«¿A dónde se ha de alojar
tanto infante cascabel
sin hacer ruido con él?»

¹⁴ Citado por Manuel DANVILA Y COLLADO: *El Poder Civil en España*, III, p. 211.

¹⁵ Henry KAMEN: *La España de Carlos II*, p. 507.

¹⁶ «Memorial que dio a la Reyna Nuestra Señora la Provincia de Andalucía a 23 de enero de 1669», B. N., Mss. 2.582/124.

¹⁷ Francisco TOMÁS Y VALIENTE: *Los validos en la monarquía española del siglo XVII*, p. 26.

Después de este primer éxito don Juan José tuvo ya la certeza de contar con un magnífico dispositivo para dirigir la opinión pública, al que siguió recurriendo asiduamente a lo largo de su agitada carrera política.

Los sobresaltos de la reina no acabaron tras la partida de su confesor. El nuevo blanco de las invectivas de don Juan José fue el marqués de Aitona, coronel de la guardia chamberga y nuevo hombre de confianza de la reina hasta su muerte en 1670:

«Vaya, padre confesor,
polilla de esta corona,
vaya fuera y quede Aitona
por hermano sucesor;
mas no quede que es peor
el discípulo y más diestro
que el ambicioso maestro,
y pues el hermano daña
más que el padre, vuelva a España
Padre Nuestro»¹⁸.

3. VALENZUELA Y SU ENFRENTAMIENTO CON LA NOBLEZA

«Jamás vieron las edades
una novedad tan rara,
que haya sido sólo un Duende
de toda España fantasma.»

«Sueño es la humana grandeza
y no obstante hay quien logró
Grandeza que aún no soñó,
ni pasó por su cabeza.»

En 1673 la reina tenía ya un nuevo valido, don Fernando de Valenzuela, quien habría de granjearse la hostilidad de los Grandes y la profunda antipatía de los cortesanos a causa de su fulgurante ascenso social. Poco a poco se iba creando nuevamente en todo el país un ambiente de inquietud, acrecentado por la guerra contra Francia. En 1674 empezaron a circular papeles pidiendo la intervención de don Juan que, como vicario del reino de Aragón, residía en Zaragoza:

«Pues que el reino está de modo
que se va perdiendo todo,
¿no nos dirán
qué se hace el señor don Juan?»¹⁹

¹⁸ «El Padrenuestro glosado para el marqués de Aitona», B. N., Mss. 18.655/105.

¹⁹ B. N., Mss. 18.216, f. 25r-29r.

El día 6 de noviembre de 1675 cumplía el joven Carlos II catorce años y con ellos alcanzaba la mayoría de edad oficial. Tomó entonces la decisión de llamar a su hermano contra el parecer de su madre, quien intentaba alargar la regencia durante otros dos años. El mismo día 6 por la mañana entró don Juan José en Madrid rodeado por una multitud enfervorecida. Después de una agitada jornada, en la que la reina logró ejercer con éxito su autoridad sobre el rey, se le ordenó al príncipe salir inmediatamente para Italia. Al día siguiente se determinó además la prórroga por dos años de la Junta de gobierno y la partida de Valenzuela de la corte.

Aquella humillación era más de lo que don Juan podía soportar sin echar las campanas al vuelo. Llovieron entonces sobre Madrid todo tipo de sátiras y libelos atacando a la reina y a su valido y reprochándole al rey su debilidad. Aquellos sucesos equivalieron a una nueva declaración de guerra y las hostilidades quedaron abiertas.

Valenzuela volvió a Madrid en abril de 1676 gracias a la intervención de la reina y comenzó una irresistible escalada de puestos y dignidades pese a la irritación de los cortesanos. Don Juan contaría en adelante con un frente poderoso unido contra el favorito: el de los Grandes. Importaba por ello más que nunca lograr el desprestigio de Valenzuela frente a la opinión pública, presentarle como un advenedizo, un aventurero indigno de ocupar altos cargos junto al rey y adelantarse en vaticinar su caída. Se empleó en ello el arma acostumbrada, la imprenta, pero esta vez don Juan no se molestó en publicar papeles polémicos como contra el confesor; le bastaron las coplas de ciego, los pasquines, las hojas volanderas con todo género de insultos e insinuaciones sobre la reina y su valido. Uno de los papeles más conocidos entre los que circularon por entonces fue el titulado «Vida, muerte y milagros del Mariscal de Ancre, favorito de la Reina Madre María de Médicis y del cristianísimo rey Luis XIII, su hijo, que es copia verdadera de don Fernando de Valenzuela», en el que se podía leer lo siguiente:

«Si quieres ver el papel
que representas al mundo,
de Dios el saber profundo
que no penetra el más fiel,
la vida lee de aquel
que el afecto desmedido
de una reina hizo valido,
y en ella podrás mirar
a donde vas a parar
si desbocado has corrido (...)

En continuo movimiento
la matemática enseña
que quien ya subir no puede
haya de caer por fuerza.

Y pidiendo a un mismo caso
la pregunta y la respuesta,
a tan violenta subida
sigue caída violenta.

Vuelva los ojos y mire
tantas caídas sangrientas
que le ofrecen las historias
naturales y extranjeras,
y de incautos ambiciosos
tantas cortadas cabezas
y así curar a la tuya
si escarmienta en las ajenas»²⁰.

Uno de los muchos sonetos que salieron contra el valido concluía:

«—¿Pues qué le falta a Valenzuela ahora?
—Que como al confesor, don Juan le saque»²¹.

Y una vez más las coplas acertaron. El 15 de diciembre de 1676 circuló un manifiesto público contra Valenzuela firmado por veinticuatro miembros de la alta nobleza y del gobierno entre los que se encontraba don Juan José de Austria. El día de Navidad Valenzuela huyó al monasterio de El Escorial mientras don Juan preparaba una marcha hacia la corte con un ejército en el que participaban la flor y nata de la aristocracia castellano-aragonesa. El 23 de enero entró triunfante el príncipe en Madrid y Valenzuela fue sacado a la fuerza de El Escorial pese a las protestas del prior del monasterio.

Aparecieron entonces infinidad de «Lamentos» y «Confesiones del Duende», puestas en boca de Valenzuela, en las que el valido reconocía sus desmanes y aceptaba como natural el volver al estado humilde del que nunca debió salir:

«Icaro, Fernando, fuistes,
del sol subistes a la esfera,
eran las alas de cera,
derritiéronse y caístes»²².

4. EL GOBIERNO DE DON JUAN JOSÉ DE AUSTRIA

«Entró a gobernar Su Alteza
haciendo oficios de padre
y aunque el Duende no le guarde
un rey sin enfermedad
curará con propiedad
achaques de mal de madre.»

²⁰ B. N., *Mss.* 18.443, f. 227r-v.

²¹ B. N., *Mss.* 2.034, f. 73v.

²² B. N., *Mss.* 4.052, f. 115r.

Durante casi tres años consiguió el de Austria llevar las riendas del gobierno sin que el resultado de su gestión estuviese en consonancia con las esperanzas mesiánicas que en él se habían depositado. En 1677 se perdieron las cosechas de la mayor parte de España, escaseó el grano y aparecieron brotes de peste. El sábado 9 de abril recoge un diario que:

«El vulgo murmura desmesuradamente de S. A. por el encarecimiento del pan. Hoy apareció otro título en la panadería que decía:

—¿A qué vino el señor don Juan?

—A bajar el caballo y subir el pan²³.

Se refería esta copla a la disposición que había tomado el príncipe de hacer bajar de la fachada del palacio la estatua de Felipe IV y llevarla al Buen Retiro. En el mismo Alcázar se clavó a los pocos días este pasquín:

«La carne el año pasado
valía sólo a catorce,
el pan no vale a sus once
y en éste no se ha bajado
más que el caballo de bronce»²⁴.

Conforme pasaban los meses iba descendiendo el prestigio de don Juan José y frustrándose las esperanzas de los españoles. Cundía el desencanto. Uno de los amigos de Su Alteza, el padre Guerra, publicó un manifiesto a su favor titulado «Visita de la Esperanza y el Tiempo», profusamente distribuido. En él se trataba de convencer a la opinión pública de que las reformas llevarían tiempo en dar fruto: «Siempre ha pedido más largos espacios el reparar que el hacer»²⁵.

De cualquier manera, don Juan José no se iba a ver libre de los ataques malintencionados que él tanto había prodigado. Quienes más sobresalieron lanzando sus invectivas contra el príncipe fueron los jesuitas, sus enemigos irreconciliables desde su enfrentamiento con Nithard. Las plumas del padre Liévana²⁶ y de Juan Cortés Osorio²⁷ no dejaron resquicio donde punzar ni herida que remover para hostigar sin descanso a su víctima.

El padre Cortés Osorio es, sin duda alguna, dentro del campo de la sátira, la figura más interesante de su época. La causticidad de sus

²³ «Diario de noticias de 1677 a 1678», en COBOIN, vol. LXVII, p. 107.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ B. N., Mss. 18.208, f. 1r-17r, v S. *Erudito*, V, pp. 3-53.

²⁶ Ver «Parnaso Christiano», B. N., Mss. 3.674-3.675.

²⁷ Ver Teófanos EGIDO: *Sátiras políticas de la España Moderna*, pp. 184-198.

escritos le han hecho merecer el que sea conocido como «el Juvenal de aquellos tiempos»²⁸. Fomentó hasta tal punto sus feroces ataques contra don Juan que no hay letrilla, romance o libelo contra el de Austria que la malicia popular no le atribuyera. De él diría Juan Antonio Armona:

«El tenía siempre en la uña toda la erudición política de la Corte, las anécdotas reservadas de ella, la vida privada y los acaxos de cada Ministro, cada General, cada Grande y cada hombre visible. Empleaba siempre éstas con oportunidad, apodando a cada uno de por sí, con un énfasis y una sal no menos graciosa que picante»²⁹.

Entrando a gobernar don Juan aparecieron dos sátiras en verso de las que probablemente es autor Cortés Osorio: «A redimir el mundo por enero...»³⁰ y una graciosa parodia de aquellos versos que salieron cuando gobernaba Valenzuela y que comenzaban: «¿No nos dirán / qué se hace el señor don Juan?»³¹ Podemos atribuirle además, con una cierta seguridad, las dos partes de la «Barrabasera», la «Academia política de España»³² y el «Sueño de don Félix Lucio»³³.

Toda esta intensa labor satírica le costó al padre Cortés Osorio el ser desterrado de la corte. No era éste, sin embargo, el primer incidente que tenía a causa de la ligereza de su pluma. Ya en 1672 tuvo un violento enfrentamiento con el rector del Colegio Imperial, quien le requirió «un tratado que habían avisado que estaba escribiendo (...) y era un libelo infamatorio no sólo contra el Sr. Don Juan de Austria, sino también contra algunos Sres. Presidentes de los Consejos, Sres. Gobernadores y muchos Grandes de España y otras gentes varias»³⁴.

El escribir en contra de la política del infante le habría de costar también el destierro al marqués de Mondéjar, autor de una réplica al papel del padre Guerra³⁵. Por una correspondencia de la época, publicada por Gallardo, sabemos que también se tomaron medidas, por delitos parecidos, contra otros personajes de la corte: dos abogados, el doctor López y el licenciado Moles, el jesuita don Antonio Ron y varios religiosos más³⁶.

Todas estas represalias, encaminadas a salvaguardar su imagen pública, le valdrían a don Juan José nuevas burlas de sus enemigos:

²⁸ B. N., *Mss. 18.211*, f. 225.

²⁹ B. N., *Mss. 18.206*, s. f.

³⁰ B. N., *Mss. 18.211*, f. 50r-51r, y T. Egmo: *Ob. cit.*, pp. 184-185.

³¹ B. N., *Mss. 18.211*, f. 45r-49r.

³² B. N., *Mss. 18.211*, f. 65r-94v, y S. *Erudito*, XI, pp. 3-35.

³³ B. N., *Mss. 11.317/23*.

³⁴ AHN, *Inquisición*, Leg. 4470, Exp. núm. 8.

³⁵ «Los coches de Alcalá», B. N., *Mss. 18.206*, s. f. (36 hojas en folio), y S. *Erudito*, V, pp. 54-85.

³⁶ B. J. GALLARDO: *Ob. cit.*, IV, col. 1254-1255.

«Dicen que está muy colérico
porque cierto papel crítico
le corrigió los dictámenes
de sus errores políticos.

Pues, ¿qué se queja de sátiras
quien contra el honor más ínclito
publicó con tanto escándalo
tantos papeles satíricos?

Acuérdese de sus fábulas
y díganos por qué título
premió entonces lo quimérico
y hoy castiga lo verídico»³⁷.

Y en su propio exilio Cortés Osorio le reprochaba que: «Don Juan se aprovechó antes cuanto pudo de los pasquines, los libelos y la sátira. Pero castiga hoy las más leves ofensas, y aun las sospechas, como quien quita la escalera por donde subió o quiebra el puente por donde pasó, para que nadie pueda andar el mismo camino»³⁸.

5. LOS PRIMEROS MINISTROS: MEDINACELI Y OROPESA

«Si consejos no se estiman
y los sermones no bastan,
harán versos que se impriman
que en estos tiempos se gastan
conceptos que no lastiman.»

Tras la muerte de don Juan José de Austria —ocurrida el 17 de septiembre de 1679— no pareció que el rey se interesase más que antes por los asuntos de gobierno. Entre 1680 y 1691 el timón de la nación recayó sucesivamente en las manos de dos personalidades que no carecen de un cierto interés: el duque de Medinaceli y el conde de Oropesa.

Personalmente, Medinaceli resultaba un personaje bastante anodino para la sátira, de ahí que para atacarle sus enemigos recurrieran a la conocida avaricia de su esposa y del resto de la familia:

«En este tiempo ha logrado para el ejército de sus hijas más desposorios que una parroquia; para sus criados, mercedes; para su mujer, parentescos y regalos; para sus arcas, tesoros; audiencia para las enanas y para los negros, cortejos»³⁹.

Lo que le granjeó mayor impopularidad fueron las duras medidas deflacionistas que se vio obligado a tomar, provocando la escasez de moneda en el reino:

³⁷ T. EGIDO: *Ob. cit.*, pp. 191-192.

³⁸ B. N., *Mss.* 18.211, f. 89r.

³⁹ B. N., *Mss.* 18.212, f. 1r-14v.

«Por alma al mundo se dio
la moneda, con que es cierto
se ha de juzgar por muerto
al reino a quien le faltó,
pero si alguno pensó
que, entre tantos menoscabos,
con multiplicar ochavos
el mundo ha de remediar,
mejor es llorar»⁴⁰.

En 1688, tres años después de su retirada, un papel satírico trazaba así el retrato de Medinaceli:

«Excedió tanto en la bondad, como su mujer en la codicia y yo en la malicia, pero esta contrariedad produjo los mismos efectos en lo político. A éste le quitaron sólo porque le habían puesto, y él manifestó que estaba muy bien quitado sólo por el ansia de volver a que le tropezasen caído. Santo varón que, pudiendo fuera de Madrid ser el rey de la corte, ha querido en la corte ser aldeano de fuera de Madrid. En fin, él se ha quedado como se ve Grande del Limbo, ni pena ni gloria, ni pernicioso para el mal ni provechoso para el bien: Alma de Beata en trans migración pitagórica»⁴¹.

* * *

«Por el contraste se acuerda
que Oropesa, el Presidente,
pesa muy corrientemente
su libra y media de mierda.»

En junio de 1684 el conde de Oropesa, miembro del Consejo de Estado desde 1680, fue nombrado presidente del Consejo de Castilla. Apoyado por las dos reinas y algunos sectores de la aristocracia, desplazó gradualmente a Medinaceli, quien dimitió en abril de 1685. Hombre de considerable talento y con una gran capacidad de trabajo, Oropesa llevó a cabo una política de reforma fiscal, administrativa y eclesiástica, en un último intento de reavivar la economía. No conseguiría, sin embargo, triunfar debido a una falta de confianza generalizada entre la nobleza. En 1685, el mismo año que dimitió Medinaceli, se podían leer sátiras como ésta:

«Un Condestable medroso,
un Presidente ignorante,
mal casado un Almirante,
un Humanes lujurioso,
un Cardenal muy goloso,
un Alba todo cizaña,

⁴⁰ B. N., *Mss.* 17.534, f. 142r-155r.

⁴¹ «Visión de visiones de una Beata de la Legua», B. N., *Mss.* 18.211, f. 96r-160r.

un Vélez que se ha hecho araña
y debajo un Confesor.
Este es curioso lector,
todo el gobierno de España»⁴².

Las reformas llevadas a cabo por Oropesa no fueron excesivamente bien acogidas y a lo largo de su mandato tuvo que sufrir constantemente las burlas de la oposición:

«Habiendo enviado el Sr. Conde de Oropesa, Presidente de Castilla, a pedir a los conventos se diesen una disciplina por el buen suceso y alivio de la Monarquía, se puso en las puertas de la casa de Su Excelencia, el día 5, pintado en una tabla un capuchino azotándose, el cual decía la quintilla siguiente:

«Un Conde pragmatiquero
a este dolor me condena,
pensará este majadero
que su testa y mi trasero
pueden parir cosa buena»⁴³.

Don Manuel Alvarez de Toledo y Portugal Córdoba Monroy y Ayala, conde de Oropesa, procedía de la nobleza portuguesa y precisamente de una línea colateral de la casa real de Braganza. Por esta razón, pronto cayó sobre él la inevitable xenofobia, tachándosele de portuguesista:

«Con aquel infiel agrado
y aquella falsa risilla,
va dando fin a Castilla
como portugués honrado»⁴⁴.

Paulatinamente, la situación de Oropesa fue empeorando, uniéndose su impopularidad a la de la reina María Luisa de Orleans, primera mujer de Carlos II. Finalmente, su retirada se produjo a raíz de la llegada de la nueva reina, Mariana de Neoburgo, en junio de 1691. Continuaba así la contradanza de privados, validos y ministros con que se había inaugurado el reinado:

«¿En qué paró Everardo? —Entre bonetes;
Cardenal es con uno colorado,
pues yo le vi con chichón y apedreado.
¿Y Valenzuela? —Ejemplo es de pobretes;
en Manila contando sus falsetes
está por hijo de Eva desterrado.
¿Y Su Alteza? —Como era gran soldado,
el ruido lo mató de los cohetes.

⁴² B. N., *Mss.* 3.921, f. 264v.

⁴³ B. N., *Mss.* 3.921, f. 264r.

⁴⁴ B. N., *Mss.* 10.422, f. 319r-v.

¿Y el Duque? —Con su esposa; de lo que era
ya no van quedando ni a6n asomos.
¿La Cantina? —Del potro a la litera.
¿Y la enana? —Sin gracia, no hace momos.
¿Y esto es la privanza? Gran quimera.
Hijo, Oropesa, mira lo que somos»⁴⁵.

6. MARÍA LUISA DE ORLEÁNS: UNA REINA IMPOPULAR

«Lastimosa cosa es
Carlos tu poco valor,
si has enfermado de amor,
morirás de mal francés.»

El matrimonio de Carlos II con la sobrina de Luis XIV, arreglado por don Juan José de Austria antes de morir, constituyó un hecho trascendental en la diplomacia europea de entonces, ya que, de nacer un heredero, el Rey Sol renunciaría a sus pretensiones sobre el trono espa6ol.

Pese al espl6ndido recibimiento que el pueblo de Madrid le tributó a su llegada, la frivolidad de su car6cter, su empe6o por implantar las modas francesas en la corte y, por encima de todo, su esterilidad, le granjearon bien pronto la antipatía y el odio de los espa6oles. En Madrid se popularizó la conocida estrofa que rezaba:

«Parid bella flor de lis,
que en fortuna tan extra6a,
si parís, parís a Espa6a,
si no parís, a París»⁴⁶.

La situaci6n, l6gicamente, fue aprovechada por los sectores anti-franceses de la corte. María Luisa se vio complicada en las intrigas diplomáticas que se tejían en torno a la sucesi6n y la camarilla francesa que giraba en torno a ella y mantenía los hilos de la comunicaci6n con Versalles no era vista con ninguna simpatía por el pueblo. De hecho, fueron las intrigas dom6sticas de sus servidores las que le proporcionaron mayores problemas.

En 1685 estalló un ruidoso escándalo a raíz de las relaciones entre la nodriza de la reina, Madame Nicolle Quentin —conocida popularmente por «la Cantina»— y su amante Monsieur de Viremont, caballero de Palacio. Por la corte corrían versos malintencionados como éstos:

⁴⁵ B. N., *Mss.* 4.052, f. 211r.

⁴⁶ B. N., *Mss.* 3.919, f. 88r.

«De la reina un picador
en tanta altura se ve
que hasta a la misma Cantina
le hizo no sé qué merced.
Claramente se conoce
del gabacho el gran poder,
pues hace en Palacio cosas
que no puede hacer el rey»⁴⁷.

Pese a ello, la reina les concedió su protección hasta que el escándalo aumentó y la pareja fue acusada de facilitarle abortivos a la reina para malograr la sucesión y de intentar envenenar al rey. A partir de entonces aparecieron regularmente en las puertas del palacio pasquines que intentaban avivar el alboroto:

«Francia metió con desprecio
veneno y vicio en palacio,
y esto se miró despacio
para no hacer de ello aprecio.»

«Este veneno advertido,
tan ciegamente intentado,
no ha de dar menos cuidado
derramado que bebido»⁴⁸.

El proceso que hubo que incoar provocó tal conmoción en la opinión que el pueblo madrileño se vio implicado en el estallido xenófobo más violento del siglo⁴⁹. La indignación aumentó al no aparecer nadie expresamente condenado en la sentencia, limitándose las medidas a expulsar de España a todos los franceses adscritos al servicio de la reina. La enorme decepción de los enemigos de María Luisa se puso de manifiesto en una violenta campaña de libelos:

«Manifiesto del Pueblo
Togados y Presidentes
que averiguáis hechos y hablas,
mirad que si se hace tablas
la traición que está presente
que vuestra sangre caliente
todo el pueblo ha de verter
y que no os ha de valer
contra tan justo furor
de todo el bando traidor
fuerza, caudal, ni poder»⁵⁰.

⁴⁷ B. N., *Mss.* 3.921, f. 256r-257r.

⁴⁸ B. N., *Mss.* 3.921, f. 284v.

⁴⁹ Ver Gabriel MAURA GAMAZO: *Vida y reinado de Carlos II*, I, p. 433.

⁵⁰ B. N., *Mss.* 3.921, f. 257v.

En medio de este alboroto presentó el duque de Medinaceli su dimisión, guiado en gran parte por sus desavenencias con la reina consorte. Su sucesor, el conde de Oropesa, sí gozaba, en cambio, del favor de María Luisa, por lo que su impopularidad corrió pareja con la de su protectora:

«Mientras en Francia amaga un Luis potente,
reina en España Carlos el amante,
una francesa es reina dominante,
un portugués valido y Presidente»⁵¹.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que habiendo muerto María Luisa el 12 de febrero de 1689, de resultas de la caída de un caballo, saliera un romance celebrando el suceso, que concluía:

«Requiescat ————— murió la reina,
in pace ————— ha quedado el reino,
amén ————— pues que Dios lo hizo,
Jesús ————— que breve y a tiempo»⁵².

También apareció poco después de su fallecimiento una «Copia de un papel francés que se halló entre los reservados de la Reina Nuestra Señora que esté en la Gloria»⁵³, en realidad un violento libelo contra la difunta reina y contra el conde de Oropesa, en el que se les acusaba de servir a los designios de Francia. Un contemporáneo comentaba de este papel: «Parece un poco apasionado contra el Conde de Oropesa, pero es de todos los escritos el que ha tenido más circulación en estos últimos tiempos. Darían con gusto 10.000 reales de a ocho por averiguar quién es el autor y castigarle»⁵⁴. Esta impunidad que rodeaba por regla general a los libelistas revela por sí misma la cómplice benevolencia que existía entre sus contemporáneos.

7. LA AGONÍA FINAL DEL REINADO (1690-1700)

«Y desde el de noventa
hasta el de ciento,
el mundo se ha de perder
o la mayor parte de él.»
PRONOSTICO

Dentro del agitado panorama en que se desarrollaron los últimos diez años del reinado de Carlos II, la sátira se cultivó con una inten-

⁵¹ B. N., *Mss.* 3.749, f. 61v.

⁵² B. N., *Mss.* 4.052, f. 6r-7r.

⁵³ B. N., *Mss.* 18.210, f. 43r-56r.

⁵⁴ Gabriel MAURA GAMAZO: *Ob. cit.*, p. 512.

sidad asombrosa. La incapacidad manifiesta de los sucesivos gobiernos, las intrigas de la camarilla alemana de la nueva reina, la ineptitud de Carlos II y el conflicto sucesorio fueron los temas predominantes para la pluma de los poetas anónimos. En 1693 el embajador palatino escribía a su Elector: «Nunca se oyó hablar con tanta libertad de los soberanos. Ningún príncipe alemán toleraría que se dijese impunemente ni la mitad de lo que en Madrid se dice»⁵⁵.

A través de las innumerables críticas que salieron contra el gobierno en este período se refleja la pesadumbre de un Madrid atomizado en «partidos» para todos los gustos e intereses, que contempla el triste fin de su monarquía, repartida antes de sucumbir entre las potencias europeas.

Las medidas tomadas para acabar con las sátiras y los «papelones» clandestinos debieron ser infructuosas, ya que los decretos se sucedieron uno tras otro. La impunidad con que actuaba el escritor satírico se veía acentuada por la tolerancia y la complicidad de la propia corte, de donde procedían la mayor parte de las invectivas, fruto de las intrigas internas de palacio y de las luchas entre las distintas facciones que intentaban hacerse con la voluntad real o influir en la sucesión.

7.1. *Las andanzas de Perico y Marica*

«Callen los coplistas
que es pena inhumana
que males de veras
se lloren de chanza.
Perico y Marica
son unos alvardas
si piensan que a coplas
ha de haber mudanza.»

Como fuente excepcional para este período contamos con las relaciones satíricas de «Perico y Marica», que daban cuenta periódica de los sucesos cortesanos. Estos curiosos personajes aparecieron por primera vez hacia 1690 y alcanzaron pronto tal popularidad que sus composiciones seguirían apareciendo hasta el reinado de Carlos III. Desconocemos quién fue el autor de estas relaciones, aunque probablemente fueron varios. Más noticias debieron de tener sus contemporáneos, ya que entre 1692-93 estuvo desterrado, según se desprende de los propios textos⁵⁶.

La estructura de estas relaciones poéticas era muy simple: Perico y Marica, aldeanos de Carabanchel, de vuelta de sus excursiones a la

⁵⁵ Citado por Teófanés EGIDO: *Sátiras políticas de la España Moderna*, p. 41.

⁵⁶ «Papel discreto, picante y curioso contra el gobierno presente. De Perico y Marica que, camino de Carabanchel, vuelven a él», B. N., *Mss. 18.212*, f. 38r-43v.

corte narraban los acontecimientos que allí sucedían. De esta manera, año tras año, podemos encontrar en sus «Diálogos» un recetario detallado de los «males de España» y de las acusaciones que se lanzaban contra unos y otros gobernantes.

«Perico y Marica», junto al «Patán» y al «Aldeano de Carabanchel» —también muy populares entonces como protagonistas de sátiras y relaciones—, intentaban representar el contrapunto de la vida rural frente a las intrigas que tenían lugar en Madrid. Constituyen un episodio más de un tema ya tradicional: «menosprecio de Corte y alabanza de Aldea», que tanto éxito y difusión tuvo en el siglo XVIII, muy cercano a las fechas que nos ocupan.

En octubre de 1696 los «Diálogos» se habían vuelto a interrumpir y, ante la ansiedad del público por devorar las cómicas noticias que daban Perico y Marica, surgieron imitadores que harían aparecer nuevos personajes en escena, como «Antón Chapado», el «escolar Fausto Chinchilla», el «cura de Carabanchel» o el «burro de Perico y Marica».

7.2. *El desprestigio del gobierno y las luchas entre las camarillas*

«No sé cómo esta Corona
gota de sangre conserva,
conjurándose a chuparla
cien sangrientas sanguijuelas.»

Tras la caída de Oropesa en junio de 1691, el rey se negó a nombrar otro primer ministro, decidiendo gobernar él solo. Pero también en este intento fracasó Carlos II. Las figuras que le rodeaban eran cada vez más grises y la alta aristocracia no sabía qué hacer con el poder que había conquistado. El descrédito de los grandes crecía por días, como lo demuestran estos dos violentos sonetos, sólo una muestra de las infinitas composiciones que aparecieron del mismo tenor:

«Los que presumen culto de adorados
y son del mar y tierra aborrecidos,
y en lugar de valer a desvalidos
no piensan ni en pagar a sus criados.

De virtud, letras y armas divorciados,
de todo lo indecente muy lucidos,
cuando son menester los más rendidos
si les vas a buscar embelesado.

Valor de cobre y vanidad de caña,
contra el rey y gobierno los primeros
y aún contra el mismo que aplaudió su maña.

Leves de cascos, graves de sombrero
son los que se llaman Grandes de España
y de todo el mundo grandes majaderos»⁵⁷.

⁵⁷ B. N., Mss. 4.052, f. 202r.

«¿Dónde pondremos a la Madre Idea
que viene a remediar la monarquía?
¿La casa de Velasco? —No es muy pía.
¿A Monterrey? —Antes ciegue que tal vea.
¿Pastrana? —Es un grandísimo badea.
¿El Almirante? —Peca en herejía.
¿La de los Vélez? —Es una behetría
cuando la de Oropesa bambolea.
Osuna loco, Alba desvergonzado,
Baños de honor naciera presumido,
Villafranca es un pobre desdichado.
Oh, triste Idea, ¿dónde te has metido
que es fuerza que te vuelvas a tu estado
por el mismo camino que has venido?»⁵⁸

La fama de la rapacidad de los cortesanos aumentaba y el palacio se iba convirtiendo, a los ojos del pueblo, en un nido de comadreas que se disputaban prebendas y mercedes. El núcleo de mayor influencia estuvo formado durante los primeros años por la camarilla alemana de la nueva esposa de Carlos II, Mariana de Neoburgo, cuya firme voluntad de intervenir en los asuntos de Estado se vio favorecida por la ausencia de un valido en la corte desde 1691.

En el círculo influyente que se formó en torno a la reina destacó una de sus damas de compañía, Gertrudis María Josefa de Guttenberg, baronesa von Barlepsch, conocida en las sátiras como la «Berlips» o la «Perdiz». La baronesa aprovechó su influencia para recibir regalos y dinero de aquellos cortesanos que necesitaban una recomendación cerca de la reina y para organizar un floreciente tráfico de cargos y empleos. Entre sus protegidos estaban sus propios hijos —los «Perdigones»—, para quienes consiguió ventajosos cargos. Unida íntimamente a la reina, la Berlepsch tomó parte en todas sus intrigas, especialmente en sus embarazos simulados. La indignación que provocaba cada nueva comedia hacía correr estrofas como ésta:

«La Perdiz, poderosa
más que el monarca,
cuando quiere a la reina
tiene preñada»⁵⁹.

Descollaba también por su impopularidad el secretario de la reina, Henrich Xavier Wiser, descrito por Maura como «inteligente, enredador, ambicioso y sin escrúpulos, víctima de una muy ostensible cojera»⁶⁰.

⁵⁸ B. N., Mss. 3.747, f. 269r.

⁵⁹ «Seguidillas de Perico y Marica», B. N., Mss. 18.210, f. 87r-88v.

⁶⁰ Gabriel MAURA Y GAMAZO: *Vida y reinado de Carlos II*, II, p. 7.

Junto a los personajes citados, el conde de Baños formaba el trío principal de la camarilla:

«Preguntas que hizo Monsieur de Abai a un prisionero español, quien respondió con tres nombres conocidos:

—¿Quién de España es flor de lis?

—La Verlís.

—¿Y quién del oro es despojo?

—El Cojo.

—¿Y quién causa tantos daños?

—Baños.

Luego, por modos no extraños,
en Francia están conociendo
que a España van destruyendo
la Verlís, el Cojo y Baños»⁶¹.

Incluidos también en el círculo estaban el confesor de la reina, el padre Gabriel Chiusa, conocido como el «Barbón»⁶², y el de la baronesa, el abate Carpani⁶³. Y ligado asimismo a la camarilla estaba un tercer confesor, el del rey, fray Pedro Matilla, quien desempeñaba este cargo desde 1686. Las sátiras llovieron sobre él cuando se sospechó que deseaba ser Inquisidor General para asegurarse el capelo cardenalicio, igual que Nithard:

«Señor don Pedro Matilla,
fraile hablando con perdón,
no padre de confesión,
rey sí del rey de Castilla;
el que con mala capilla
cubre una grande nobleza,
frailón de horrible corteza,
diz que sabe teología
y es hasta en fisonomía
tonto de pies a cabeza.
Este fraile tan letrado
Inquisidor quiere ser,
¿quién duda que es por tener
lo tonto calificado?»⁶⁴

En marzo de 1698 fue sustituido como confesor real, a instancias del cardenal Portocarrero, por fray Froilán Díaz. Matilla, al enterarse, sobrevivió al disgusto pocos días.

Finalmente, entre los grandes, quien más identificado estaba con la camarilla de la Neoburgo era el Almirante de Castilla, don Juan To-

⁶¹ B. N., *Mss.* 10.422, f. 330r.

⁶² Ver «Coplas de Antón Chapado», B. N., *Mss.* 18.210, f. 92r-95r.

⁶³ B. N., *Mss.* 17.535, 98r-102v.

⁶⁴ B. N., *Mss.* 17.535, f. 172r-173r.

más Enríquez de Cabrera, conde de Melgar, quien pasó a engrosar las filas de los consejeros de la reina, haciendo recaer sobre él los ataques de las sátiras:

«Mi señor don Juan Tomás,
 el de la cuchilla intacta,
 el Orlando en los jardines
 y el Narciso en las campañas.
 El de la cara bruñida,
 el de los labios de nácar
 y todo junto un retrato
 de doña Venus con barbas.
 Dicen que Vuestra Excelencia
 ha ofrecido cierta talla
 por precio de una zarzuela
 en que la verdad le habla.
 ¿Es posible que tan corto precio
 tenga quien le habla,
 pues da doscientos doblones
 por el precio de su paga? (...)
 Mejor paga las mentiras
 que a diez mil escudos paga,
 y por juro de heredad
 los enredos de una casa.
 Si quiere saber quién es
 quien lo ha hecho, no le falta
 valor y le ayudará
 cuerpo a cuerpo en la campaña (...)
 Conténgase en lo vasallo,
 no aspire a locuras que hagan
 asunto segunda parte
 de la zarzuela pasada»⁶⁵.

¿Quién fomentaba todos estos ataques, estas sátiras y «zarzuelas»? El partido pro-francés que encabezaba el cardenal Portocarrero, celoso de la influencia que estaban adquiriendo la reina alemana y sus amigos. En diciembre de 1694 se hizo oír la voz del Consejo de Castilla —animado por Portocarrero— contra Mariana y sus alemanes. «Entre tanto —nos cuenta Pfandl— el grupo de la Berlepsch estaba casi con el agua al cuello. Un alud de escritos, hojas difamatorias y versos satíricos invadió el palacio y la ciudad (...) mientras el pobre rey no daba con pie con bola, asustado y desconcertado»⁶⁶.

Efectivamente, Carlos II se sentía impotente para actuar de manera independiente en vista de los frecuentes escándalos domésticos que le organizaba su esposa. Cada día más inoperante, el monarca vio declinar otra vez su escaso prestigio, siendo inmortalizado en las sátiras de aquellos años como el «dormido»⁶⁷ o el «hechizado»:

⁶⁵ B. N., Mss. 17.535, f. 75r-76v.

⁶⁶ Ludwig PFANDL: *Carlos II*, p. 326.

⁶⁷ «El Despertador», B. N., Mss. 17.535, f. 123r-126v.

«Las damas le hechizan,
 los frailes le pasman,
 los lobos le aturden,
 los cojos le baldan.
 Hechizo parece
 esta lenta calma,
 con su arrobamiento
 y su nariz larga.
 Mas que esté hechizado
 parece bobada,
 pues nadie lo está
 de los que le agravian»⁶⁸.

Gracias a la debilidad del rey, Mariana consiguió que a comienzos de 1695 sólo salieran de Madrid Wiser y Baños, quedando el resto de la camarilla. El partido alemán siguió preponderando en la corte y el Almirante a su cabeza. Tendrían que producirse los graves sucesos de abril de 1699 para que la camarilla se perdiera de vista definitivamente.

El llamado «Motín de los Gatos» estalló en Madrid el 28 de abril de 1699 como un movimiento popular por el hambre y la carestía de los alimentos, pero fue pronto manipulado por los sectores antialemánes de la corte para hacer salir a Oropesa —que había vuelto en 1698— y a los adláteres de la reina. El motín y las campañas de opinión que se produjeron a su sombra para mantener vivo el rescoldo del descontento contra el gobierno ya han sido estudiados por Teófanés Egido en un reciente artículo y no vamos a insistir sobre ello⁶⁹. La tensión llegó a un punto exasperante, alcanzándose en sólo unos meses las cotas más altas de todo el reinado en cuanto a publicación y distribución de toda clase de pasquines y libelos. Si a ello sumamos las presiones exteriores que se ejercían en torno al testamento de Carlos II, no debe sorprendernos que el pobre monarca hubiera de verse así retratado meses antes de morir:

«Vives con tal deshonor que ni reinas ni dejás de reinar, eres esclavo del imperio artificioso de los que gobiernan, siendo sólo en apariencia rey y en la verdad una estantigua y un fantasma despreciable»⁷⁰.

8. CONCLUSIÓN

Como hemos podido ver, durante el reinado de Carlos II es posible detectar sin demasiado esfuerzo la articulación y puesta en marcha de auténticas «campañas de opinión» en todas aquellas situaciones críticas

⁶⁸ B. N., *Mss.* 17.535, f. 84r-87v.

⁶⁹ Teófanés EGIDO: «El motín madrileño de 1699», en *Investigaciones históricas*, núm. 2 (1980), pp. 253-294.

en que pudieron quedar enfrentados distintos sectores de la élite política. Estos movimientos propagandísticos, dirigidos normalmente a un amplio espectro de las clases populares —de ahí que se recurra con mayor frecuencia a los subgéneros más ínfimos de la publicística—, no pretenden organizar movimientos de protesta encaminados a ver satisfechas las necesidades populares —pese a que alguna vez son su pretexto—, sino únicamente provocar el alboroto necesario, la agitación suficiente para producir la caída del valido de turno o el relevo de una camarilla por otra.

Sin duda, fue don Juan José de Austria quien desarrollaría en su época una actividad más amplia en el campo de la publicística, poniendo en marcha todos sus resortes y adquiriendo tal soltura en su manejo que rara vez fallaría en sus objetivos. La eficacia de estos métodos convenció plenamente a los distintos sectores de la oposición de la conveniencia de emplear las mismas armas contra el propio don Juan José, sus sucesores o los grupos rivales de las camarillas palaciegas.